

¿SE VA A REVALUAR, ¡SI O NO!, EL BOLIVAR?

Manuel Pernaut, S. J.

Pues... ¡puede que sí, puede que no!

Tal es la respuesta que hasta el presente han venido dando los diversos sectores de opinión.

El Gobierno, en un principio, dejó entrever su inclinación por la afirmativa. El fue quien lanzó el primer globo de ensayo con el anuncio de la posible medida.

En conjunto, sin embargo, las voces de alerta dadas por partidos de la oposición, Asociación Pro-Venezuela, Fedecámaras y más recientemente por organismos bancarios, inducen a creer que el consenso general va más en la línea de la negativa.

Los expertos, más o menos independientes, se han mostrado indecisos. Lo vacilante de sus opiniones se explica por la complejidad misma del problema. La moneda, como la sangre, se infiltra por todo el organismo económico, afecta a todos los sectores, conlleva, a veces, insospechadas derivaciones y secuelas, sobre todo cuando está inficcionada.

La moneda influye y es influida económica, institucional y políticamente. Está condicionada por circunstancias del momento presente y del imprevisible futuro. En este instante ¿quién conjetura con acierto cuál será la decisión del Grupo de los Diez sobre el tipo de revaluación que acepten para sus monedas? ¿Será del 6%, del 8% ó del 10% o más? De esto también depende el juicio sobre la conveniencia o no de la revaluación del bolívar.

Reconocidos todos estos extremos, debo confesar que el orgullo profesional de los economistas debería sentirse humillado al no poder formular una respuesta más firme y válida a la cuestión. Por ello, aun a sabiendas del riesgo incurrido, tomo partido por una de las alternativas y manifiesto llanamente mi actual opinión:

"Aunque el bolívar llegara a revalorizarse realmente con respecto al dólar, a la nación venezolana no le convenía que su Gobierno reconociera oficialmente en el tipo de cambio esa sobrevaloración."

Es decir que, en esta democrática manifestación de opiniones, a la hora de dar mi voto, levanto la mano por el NO a la revaluación del bolívar.

Tal es mi parecer en el momento presente. Si se me ofrecen nuevos datos, quizás pudiera cambiar de opinión. "Sa-

pientis est mutare consilium", es propio del hombre prudente mudar a veces su dictamen.

* * *

Estimo, en efecto, que para llegar a la revaluación del bolívar habría que probar previamente dos puntos:

1.—Que el bolívar era, en estos momentos y en un futuro previsible, más fuerte y duro que el dólar.

2.—Que, aunque lo fuera, a la nación le convenía, en interés de su economía, reconocer oficialmente esa sobrevaloración.

Respecto al primer punto, la cuestión es más que dudosa. Por desgracia, el bolívar ha estado demasiado ligado al dólar. El componente más abultado de nuestras reservas internacionales lo constituye la masa ingente de dólares poseídos. Nuestro petróleo venía valorándose en dólares. Internamente, aunque el bolívar presentaba buena cara y color, el microbio de la inflación —lavadamente— lo estaba minando.

Por consiguiente, si el dólar se ha reblanqueado —y los acontecimientos muestran cuánto— y la infección interna sigue su curso, nuestra valuta habrá de seguir la pendiente declinante del dólar y de cualquier moneda enferma. A no ser que lográramos independizarnos del dólar y sanear nuestra economía.

Y casi sin saberlo se ha dado un gran paso hacia adelante en el camino de la independencia monetaria del dólar. El decreto sobre los precios de referencia del petróleo impone en adelante la valoración en bolívares, no en dólares, de nuestra riqueza. El Banco Central podría secundar el movimiento, diversificando más ampliamente sus reservas.

Más sombrío se vislumbra el horizonte del lado de la inflación. Las nubes tormentosas del dinero especulativo que se ciernen sobre nuestras cabezas y los caudales arrolladores del nuevo presupuesto no permiten augurar muy bonancibles tiempos. El bolívar podría empezar a sumergirse.

Pudiera suceder con todo —dado aquel asomo de independencia petrolera— que el dólar se hundiera tanto que nuestro bolívar emergiera un poco y levantara sobre él la cabeza.

Pero, aun aceptando como posible la revalorización real del bolívar, lo más probable es que ella fuera ligera, exigua.

Esa sobrevaloración relativa podría ser meramente temporal si el dólar—con el recetario del Presidente Nixon— se recuperara.

Entonces, ¿por qué anticiparse y proceder a una manipulación cambiaria?

* * *

Pero es que, aun en el caso de que la sobrevaloración fuera superior, y prevista como más duradera, se podría levantar y airear la segunda cuestión formulada. No es, ni mucho menos, claro que a la nación le conviniera reconocerla en el tipo de cambio.

¿Por qué?

Pues porque un bolívar fuerte, revaluado, nos mantendría en la línea de la evolución del pasado, seguiría orientando nuestro rumbo hacia el Norte y Europa, dando la espalda a Latinoamérica. Basada en el petróleo, nuestra economía es perfectamente complementaria con la de los países desarrollados. La oferta de petróleo por nuestra parte conlleva la servidumbre de que todo el caudal monetario adquirido por las ventas se haya de gastar, y muy a las inmediatas, para el pago de cuantiosas y costosas importaciones. Las gotas del petróleo venezolano no han sido "sembradas" dentro; como lluvia benéfica han fecundado otras economías. Es hora de invertir los términos, de que un gigante —o aunque sea un fantasma— nos agarre por los hombros y nos dé la vuelta, para que empecemos a mirar hacia el Sur, encarrando intrépidamente el futuro. Aunque haya que romper ataduras tradicionales. Aunque la operación suponga sacrificios de un pretendido nivel de vida —del que no disfrutaban sino porciones privilegiadas de las clases superiores—.

O sea, que para restar ponderación al petróleo; contener las importaciones de Europa, Japón y, sobre todo, de Estados Unidos; para promover la diversificación de nuestras exportaciones; lograr la dimensión técnicamente óptima de nuestras empresas, la ampliación de los mercados y de los márgenes de empleo, convendría mantener a sabiendas y a propósito devaluada nuestra moneda. Y ello, aunque en un primer momento hubiera de disminuir la productividad por hora-hombre ocupado —al dificultar la invasión de tecnologías extrañas—, pues a mediano y largo plazo habría de aumentar la productividad por hora-hombre disponible. Aunque conllevara una paulatina difusión de nuestros dólares petroleros hacia los otros países integrados —de regalar dólares a los colombianos o Norteamérica, prefiero hacerlo a los primeros—.

A quienes presionan en contrario, presagiando los huracanes inflacionis-

tas, se les podría responder que entre los extremos de una deflación y recesión económicas —la revaluación habría de inducir las—, o los riesgos de una incontinencia monetaria y fiscal —que ciertamente habría que tratar de evitar o soslayar a toda costa—, en Venezuela los últimos parecen menos malos.

En un país de estructura deformada, donde rémoras institucionales paralizan los procesos de cambio social, donde la prevalencia y dominio de los grupos económicos de presión entran tan visiblemente los mecanismos de distribución funcional de la renta nacional, se hace imperioso recurrir a su redistribución forzada a través del gasto público. Serán tremendas las deficiencias de la gestión oficial en el manejo de los dineros comunes, pero ha acabado pareciéndome más inaguantable la ineficacia del sistema de libre empresa, que lleva decenios sin haber resuelto el gravísimo problema de la subsistencia humana, medianamente digna de las grandes mayorías de nuestro pueblo, que tan arrellanado se acomoda en la inequitativa distribución de las fortunas e ingresos. Aunque sea a través del derroche fiscal, veo que la acción de los Gobiernos empieza, mal que bien, a colmar el ansia insatisfecha de las clases populares. Es hora de sacudir —aunque sea en sus cimientos— a los poderíos económicos que tanto se han aprovechado de los dineros de todos.

* * *

En resumen:

Dudo mucho de que el bolívar se aprecie realmente con respecto al dólar.

La revaluación de las otras valutas puede ser no muy alta. El encarecimiento virtual de nuestras importaciones será en muchos casos contrarrestado por artes y estrategias de la lucha competitiva internacional.

No conviene la revaluación para no incrementar nuestro comercio y dependencia de Estados Unidos.

La revaluación seguiría amarrándonos al pasado, al petróleo, y a los países desarrollados.

El mantenimiento reflejo de la actual paridad invertiría la orientación de nuestra economía hacia Latinoamérica, prepararía la integración, auspiciando un más armónico y amplio desarrollo económico.

La no revaluación —a pesar de los graves riesgos de inflación que comporta— parece inducir una mejor redistribución de la renta nacional. El Gobierno se cuida más de los pobres que la empresa privada.

Ya que tan buen aprecio por él manifestamos, tanta confianza le brindamos, creo que tendremos derecho a exigir del Gobierno que no nos defraude.

Si nos acepta un buen consejo, le diremos que, si quiere sobrevivir, no juegue con el león, aunque parezca domesticado, de la inflación.

“REMEDIOS” PARA LOS MEDICOS

José Miguel Cordero M.

LOS MEDICOS: NOTICIA DEL AÑO

Hace dos o tres años constituyó un “best-seller” en los Estados Unidos el conjunto aterrador de confesiones que bajo el título de “Los Doctores”, libro de cerca de cuatrocientas páginas, hacía al público un médico retirado de nombre Martin Gross. En dramática sucesión, vienen al lector los relatos de amigdalectomías y cesáreas innecesarias, hechas por la “flojera” de tener que dirigir un tratamiento más largo o por el prurito de poder justificar una más abultada cuenta de honorarios; de medicamentos superabundantes y hasta contraindicados, que tienen para el médico la ventaja de aligerar notablemente la técnica del diagnóstico cuando no se los receta, simplemente, para hacer vender los productos de determinado laboratorio; de burdos errores de tratamiento cometidos por el personal de enfermería, mal supervisado por el facultativo que a la misma hora está prestando servicios simultáneamente en tres lugares distintos de la ciudad; del “tráfico de remisiones”, por el cual cada médico remite el paciente a “un especialista” para cualquier tontería, a cambio de recibir a su vez remisiones en contraprestación, de manera que el bolsillo de un mismo enfermo rinda para varios médicos. ¡Y todo eso sucede en los Estados Unidos, el país desarrollado por excelencia, el centro del progreso técnico, de la eficacia y del orden!

¿Y en Venezuela? No parecen ser muchos los profesionales de la medicina que recuerden que el juramento de Hipócrates no es, como diría Cantinflas, un juramento de hipócritas y obliga, por sobre todo, a poner como meta única el bienestar del enfermo. Pocos los que estén dispuestos a sacrificar su posición y su tranquilidad para enfrentarse con la verdad en la mano a la todopoderosa Federación Médica.